



## Conocimiento y crítica

**J**orge Wagensberg, en su último libro, *El pensador intruso*, de la colección Metatemas, libros para pensar la ciencia (Tusquets Editores. Barcelona, 2014), escribe que conocimiento sin crítica es más preocupante que crítica sin conocimiento. Entiende que la primera alarma de que algo no va bien se enciende cuando alguien se toma la crítica como una deslealtad. Porque ese es el preámbulo del misterio, de la superstición y de la leyenda, mientras que para la ciencia un misterio es sólo una comprensión fallida y una superstición, un placebo existencial.

Explica nuestro autor que cuando la crítica baja la guardia, ocurre que una minúscula fluctuación de creencia individual se amplifica y acaba arrastrando a todo el pensamiento colectivo sin que nadie sepa bien de dónde procede ni cómo ha llegado hasta allí. Y concluye que todo empieza con algo que suena verosímil y que se propaga sin demasiada resistencia. De forma que luego resulta que ese algo es muy eficiente para perpetuarse a sí mismo por simple tradición y, sobre todo, muy eficaz a la hora de sostener otros argumentos y así, poco a poco, la idea gana solera y rango de verdad consolidada.

Las reflexiones de Wagensberg deberían figurar en el frontispicio de todos los despachos del poder. En especial ese lema de que “conocimiento sin crítica es más preocupante que crítica sin conocimiento”. De ahí que el ejercicio de la crítica, que corresponde a la oposición y a los periodistas, deba practicarse por higiene intelectual aun si falta el conocimiento. En efecto, a partir de cierta edad cualquiera de los que ocupamos silla de pista ha tenido la oportunidad de observar cómo las preguntas críticas más cer-

teras han sido muchas veces planteadas desde la ignorancia.

Ahí está, por ejemplo, la formulada al ministro de Economía y Hacienda, Miguel Boyer. El superministro de Economía y Hacienda, ofrecía un almuerzo a los periodistas aquel viernes 18 de febrero de 1983 y a los postres, uno de ellos levantó la mano. “Soy Mariano Guindal, de la agencia Lid: Señor ministro, ¿puede decirnos qué pasa con la auditoría de Rumasa?”. Cinco días después se producía la expropiación. Estaban a la mesa muchos colegas con mucho más conocimiento pero fue apenas un becario sin foguear quien tuvo el atrevimiento de la ignorancia, mientras los avezados colegas se mantenían paralizados por unos conocimientos que inducían un falso sentido de la responsabilidad.

Subrayemos también otra advertencia esclarecedora de Wagensberg, para quien la primera alarma de que algo no va bien se enciende cuando alguien se toma la crítica como una deslealtad. Ese sería el momento en que el señor ministro tendría que hacérselo mirar. Porque ni preguntar ofende, ni criticar es desleal. Por el contrario, la crítica puede ser muchas veces prueba de lealtad acrisolada en las antípodas de esa adhesión incondicional signo de embrutecimiento servil como quedó comprobado cuando el régimen anterior. Pena grande que el actual presidente del Gobierno, Mariano Rajoy, y a su imagen y semejanza la vicepresidenta para todo, Soraya Sáenz de Santamaría, se empeñen en ignorar las señales de alarma y se muestren intransigentes con la crítica y sólo la procesen como desleal. Atendamos también la observación de que bajar la guardia de la crítica es abrir el campo a las degeneraciones del nacionalismo. Vale. ●